

ABELARDO BONILLA

LA CRISIS DEL HUMANISMO

*(Conferencia dicha en el ciclo
cultural de la Casa España, en la
noche del 11 de setiembre de 1934.)*



Publicaciones de «La Hora»
San José, Costa Rica

La crisis del Humanismo

Señoras y señores:

Cuando acepté el encargo de decir una conferencia en esta sala, incurrí en un error. Escogí un tema que consideré amable y al mismo tiempo trascendental. Lo escogí porque siento, comprendo y tengo fe en esa humanidad futura que se perfila, como una realidad espléndida, a través de la crisis del humanismo occidental. Porque están en mi espíritu las verdades y las proyecciones de ese movimiento que busca la concreción de una nueva realidad social y humana y que se inicia con la fiebre de una nueva mística. Pero luego, al tratar de darle forma lógica y consecuente a mi conversación,

me dí cuenta de que el tema es excesivamente vasto y complejo. Será, pues, necesario abordarlo a grandes rasgos y eliminando múltiples matices, para no fatigar vuestra atención ni abusar de vuestra benevolencia. Y, por otra parte, he pensado que basta a mi propósito esta rápida exposición, ya que no abrigo otro que el de sugerir reflexión y estudio sobre hechos que tienen influencia primordial y decisiva en todas las actividades materiales y espirituales de nuestro siglo. Sobre una revolución que ha comenzado a transformar a la humanidad y que habrá de transformarla totalmente. Sobre una revolución en comparación con la cual, las grandes revoluciones de la historia no son más que simples incidentes secundarios: El cambio radical de todos los principios y de todas las realidades de nuestra civilización occidental.

La civilización occidental, es decir, la civilización europea a partir del florecimiento de la cultura griega, como la civilización americana que es en gran parte reflejo de aquélla, ha sido, hasta mediados del siglo XIX, una civilización humanista. Entendemos por civilización humanista la que se basa en los valores humanos y universales. La que toma por centro al hom-

bre, como fuente y fin de todas las concepciones materiales y espirituales. La que se ha propuesto la realización plena de la vida, según la entiende e interpreta el hombre occidental, o, en otros términos, la comprensión y realización de todas las características humanas, objetivas y subjetivas: interés, ambición, pasión, ensueño, todo ese complejo de fuerzas que integran la carne y el espíritu del hombre y que han sido motivo e inspiración de la ciencia y del arte occidentales.

A partir de Grecia, nada ha interrumpido esta gigantesca y fecunda concepción humanista, ni aun los siglos de sombra de la Edad Media, puesto que la vemos surgir pujante otra vez en el Renacimiento. Sin embargo, hace ya casi un siglo, se lanzaron contra ella los primeros ataques. Inconscientes primero, conscientes después. Y en lo que va del siglo XX, el mundo espiritual y material al que servía de base, ha sido hondamente minado y el humanismo está a punto de derrumbarse con toda su prodigiosa grandeza. Está a punto de derrumbarse para dar lugar a un mundo nuevo. Para desplazar al hombre del centro del universo. Para dar lugar a un nuevo pensa-

miento. A una nueva sensibilidad. Para modelar una sociedad y una humanidad totalmente distintas. Para crear una nueva civilización.

Tal es el tema. Mi conversación de esta noche tiene por objeto examinar los antecedentes, las causas y las posibilidades de esta evolución del humanismo occidental.

*

* *

Es necesario primero ahondar un poco en el humanismo, en su nacimiento y en las proyecciones que ha tenido en el desarrollo de nuestra civilización. Es indispensable esta síntesis a fin de apreciar el panorama integralmente y de apuntar en forma lógica los puntos débiles en que ha sido atacada la concepción humanista y por los cuales ha invadido la transformación que habrá de terminar con ella. La tarea, lo repito, requeriría muchos volúmenes. Aquí no es posible llevarla a cabo sino en líneas generales.

Pero antes vamos a explicar la palabra occidental. (El humanismo, en su acepción legítima, es exclusivamente occidental.) Sólo los pueblos de occidente conci-

ben a la humanidad como "un mundo cerrado en medio del universo, que se basta a sí mismo". Los orientales conciben al hombre como ligado al resto del cosmos y la existencia humana como una forma pasajera en el infinito de las formas.

(Los orígenes del humanismo, como abstracción o como sentimiento más o menos definido, propio de la naturaleza humana, se remontan a los orígenes mismos del hombre.) (Pero sus orígenes como materia de pensamiento y de creación se encuentran entre los griegos) que, a diferencia de los orientales, no hicieron de la religión ni del cosmos la directriz y el fin de todas sus actividades, y que, al crear su mitología, dieron a sus dioses características humanas, que sólo eran un reflejo de las propias.

(La civilización griega nos ofrece en su conjunto armonioso, en su sentido clásico, todo el proceso de evolución) desde las concepciones primarias del espíritu, hasta la creación compleja, propia de la disciplina, de la organización y de la tradición del pensamiento maduro.

La primera concepción básica del pensamiento filosófico de los griegos la llamamos en Protágoras. Las ideas filosófi-

cas de Protágoras son simples, a pesar del orden que ya priva en ellas. Contemplan fundamentalmente al individuo como tal. Es decir, el punto de partida, el concepto primario que servirá de base a las especulaciones posteriores. En Protágoras, como en los individualistas del siglo XX, el hombre lo es todo. Pero los griegos evolucionaron, mientras que los individualistas del siglo XX se mantienen estáticos.

Del individualismo rotundo de Protágoras, los griegos pasaron al humanismo espiritualista de Platón, más evolucionado, más amplio, más complejo, puesto que su filosofía lleva ya al estudio de la naturaleza humana. Es este un paso decisivo en la evolución del pensamiento helénico. Platón abre el horizonte a las ideas universales, por la concepción de la belleza, de la bondad y de la verdad. Pero aquí conviene hacer notar un detalle que habrá de servirnos más adelante. Platón, y Sócrates con él, creó todo un mundo espiritual. Su "Fedón" está considerado como el más alto monumento del espiritualismo griego y entraña la más elevada concepción de la inmortalidad, después del cristianismo. Pero su creación es netamente humana o huma-

nista, ya que su belleza, su verdad y su sentido del bien no son sino una conven-
ción del criterio del hombre con todas sus limitaciones.

Los griegos evolucionaron todavía más. De Platón a Aristóteles. He de advertir que no tomó sino los genios característicos y representativos de cada una de las etapas. Aristóteles fue el primero que extendió el campo del humanismo a la política, al exponer las primeras ideas concretas sobre la estructuración social y del Estado.

(Vemos, pues, en Grecia, todo el proceso ideológico: el hombre como elemento primario, el hombre como entidad espiritual y pensante, el hombre como parte de una colectividad.)

(A esta concepción) armónica, lógica y geométrica, de raíces hondamente humanas, (respondió también el arte griego, tanto la literatura como la escultura y la arquitectura) que fueron las tres principales formas de expresión del espíritu helénico.

(Roma fue la continuadora) de la cultura griega. Roma (aprovechó las teorías aristotélicas sobre la organización del Estado, pero les dió un sentido de realidad y las llevó a la práctica) con la estruc-

turación política del Imperio. Roma creó la unidad y la autoridad, dando las normas técnicas del imperialismo moderno y de la organización capitalista. Situándonos dentro de la época, la gran obra de Roma fue "la reorganización de un mundo que se encaminaba hacia la disgregación moral y política", por falta de un poder centralizador y tutor. Fue, pues, la representante del orden y de la autoridad, que se afirmó con su potencia política y militar y con su organización jurídica, obras, ambas, del empirismo de aquel pueblo que supo absorber y sistematizar las doctrinas helénicas. Y que lo hizo con tal fuerza, que aquella unidad espiritual,—el derecho y la doctrina,—sobrevivieron a la unidad política y territorial del Imperio, a tal extremo que aún hoy después de tantos siglos, la latinidad sigue siendo para muchos un gigantesco ideal político.

Por sus influencias políticas y económicas, fue una obra decisiva para el mundo la de Roma. Otro producto del humanismo, como la grandeza de Grecia. La concepción imperial fue esencialmente humana en sus virtudes y en sus vicios, humana en el sentido menos elevado de la palabra, si se atiende a la técnica im-

perialista que empleó, de un primitivismo cruel. Si se atiende a que en aquel mundo pagano no había la idea superior y católica del Imperio, que movió siglos más tarde a Carlomagno y a Felipe II, idea ya expuesta aquí admirablemente por el Dr. Roldán Oliarte. Si se toma en cuenta que la misma organización jurídica,—que aún hoy es materia de estudio y embeleso de nuestros juristas,—se hizo para legalizar las iniquidades del imperialismo y la opresión de la casta privilegiada de los patricios. Si se toma en cuenta que todo el producto cultural de Roma, así en el derecho como en la literatura y en el arte, está subordinado al interés, a la ambición, al placer y a la exaltación del hombre y de las diversas necesidades de la naturaleza humana.

El humanismo de la Edad Media, mezcla de mística religiosa, de ascetismo y de crueldad feudal, fue un paréntesis de sombra. Y lo fue porque la desmembración del Imperio Romano y la disgregación del poder le impidió heredar en toda su plenitud la cultura grecolatina, que permaneció guardada en los archivos de los monasterios. Esto hizo que la idea religiosa, predominante en el medioevo, no encontrará su complemento en el va-

lor humano que había florecido en los siglos anteriores.

(Hemos de llegar al Renacimiento para ver al humanismo surgir integralmente y alcanzar nueva fuerza, en un vigoroso impulso del arte) y del pensamiento hacia la plena realización de sus ideales, moldeando ya las normas de la civilización moderna. No he de insistir aquí. Todos conocéis las corrientes políticas, filosóficas y artísticas que predominaron en aquella época de la historia de la humanidad que abrió las puertas de la vida moderna de occidente:

(Finalmente, el humanismo llegó a culminar en su máximo desarrollo, como última expresión de sus tendencias, en el liberalismo y en el romanticismo de los siglos XVIII y XIX) aspectos extremos que han constituido los puntos débiles por los cuales se ha iniciado la reacción. Es indispensable detenernos algo más en estos dos aspectos que son básicos, tanto para apreciar con mayor exactitud el cuadro en que se ha desarrollado el humanismo, como para anudar con claridad y lógica las causas y los efectos de la revolución moderna.

El liberalismo, en su sentido político, es decir, la escuela que defiende el máximo de libertad individual dentro de la or-

ganización del Estado, fue una revolución contra el absolutismo, que Europa heredó de la Edad Media y que puede considerarse como una forma avanzada del feudalismo. El liberalismo fue el resultado de una lucha de siglos por reivindicar la libertad y la dignidad humanas, que habían sido poco menos que nulificadas por los regímenes absolutos. Las ideas liberales, cuyos efectos culminaron con la Revolución Francesa, determinaron el nacimiento y la organización de las democracias modernas, ya hoy en completa derrota frente a los grandes problemas políticos y económicos que confrontan. El liberalismo cumplió su misión histórica de puente entre el absolutismo y las futuras organizaciones socialistas. Sirvió a las necesidades del siglo XIX, creando los pueblos como entidades políticas. Pero sus doctrinas, bebidas en las obras de los enciclopedistas, mantienen aun su dictadura, la dictadura de lo escrito, como define Charles Maurras el liberalismo. Mantienen su anacrónica dictadura en sociedades como las actuales, en que múltiples factores de evolución y de complicación que veremos más tarde, hacen las ideas liberales no sólo inadaptables, sino dañinas.

El romanticismo fue a su vez una revolución contra el espíritu clásico, o, en otras palabras, una nueva visión de la vida que se apartaba de la que habían concebido la antigüedad clásica y el Renacimiento. (El romanticismo es, en síntesis, la apreciación de la vida, la creación emocional o el juicio sobre las verdades reales a través del sentimiento.) El polo del sentimiento opuesto al polo de la razón.

El romanticismo "discutió a los clásicos la intocabilidad de las normas de belleza". Defendió la relatividad de lo bello, disgregándolo en cuanto que permitió la interpretación personal, con lo que dió muerte al universalismo y nacimiento a las literaturas nacionalistas. En este aspecto, fue el mayor factor de disgregación del espíritu europeo, que hasta entonces se había mantenido unido en el clasicismo.

El romanticismo, en cuanto a la creación artística se refiere, vino a desarrollar una superespiritualización del naturalismo clásico, especialmente en el amor y comenzó a ser una tentativa sobre lo absoluto, por lo que hubo en él de religioso, de sortilegio y de milagro. El amor, entre los griegos y entre los romanos, elimina-

ba en gran parte la cuestión sexual y la sentimental. Era una expresión derivada de la belleza esencialmente, que, al menos entre los griegos, no tomaba en cuenta si esa belleza era masculina o femenina. Tanto en la antigüedad como en la Edad Media, la mujer tenía una personalidad secundaria. Fue, probablemente, el culto de María, introducido al occidente por los bizantinos, el que llevó al primer plano a la mujer, el que dió al amor un sentido místico y el que dió nacimiento al romanticismo en sus primeras formas.

(El romanticismo dió origen a una literatura y a un arte especiales). Su desarrollo en la mentalidad de las generaciones del siglo XIX, produjo no sólo un debilitamiento de la personalidad, sino también una apreciación nueva de las actividades sociales, incluso la política y, por tratarse de un movimiento exclusivista y hasta cierto punto dogmático, fue fuente de errores en el orden del pensamiento y por consecuencia en el de las realidades.

Tal es, a grandes líneas, el desarrollo del humanismo occidental, de su cultura y de sus resultados ideológicos, que son los que nos interesan.

Podemos decir, en resumen, que el humanismo, como impulso egocéntrico; co-

mo comprensión y concepción de la vida, basadas en el hombre o en su dios, referidas a las necesidades, vicios y cualidades de la naturaleza humana, y extendidas dentro de las proporciones del mundo interno y externo apreciado por los sentidos, ha guiado el pensamiento y la actividad de los pueblos occidentales durante más de veinticinco siglos) (Ha forjado en su tradición secular la vida material, la filosofía y la estética) que Europa, y América en menor escala, heredaron en calidad de normas y, más aún, heredaron en calidad de dogmas que hasta hace un siglo se consideraron inmovibles, y que hoy todavía, ante la agonía de ese mundo secular, se empeñan en mantenerse contra las nuevas realidades, el nuevo pensamiento y la nueva estética, que lo van invadiendo y dominando todo, como heraldos de la humanidad futura.

*

* *

Vamos ahora a tender la mirada sobre las características del mundo nuevo, pero antes es necesario examinar las causas y factores de la evolución.

Unas y otros son numerosos. Conviene establecer, ante todo, que esta evolución ha sido obra de siglos y que aún está en sus comienzos. Conviene establecer también que muchos de esos factores no han sido conscientes, sino que han obrado indirectamente y por lenta influencia en la mentalidad de las generaciones y en el proceso de su desarrollo psicológico. Por ejemplo, el avance y la popularización de las matemáticas. Las matemáticas, basadas en la razón deductiva y en las cuales no influye en lo mínimo el sentimiento, tienden a buscar la verdad absoluta, prescindiendo de los factores psicológicos o de otro orden que intervienen en la generación del pensamiento o de la belleza y, en consecuencia, contribuyen a crear una mentalidad deshumanizada, pura, exacta. *

Podríamos citar como primer factor en el orden cronológico, la enunciación de la teoría heliocéntrica de Copérnico, que fue el primer golpe a la orgullosa posición del hombre como centro del universo. Es indudable que, a pesar de su aspecto anecdótico,—atendida esta palabra en lo que toca a las normas de nuestro desarrollo,—la teoría heliocéntrica tuvo una influencia decisiva en el desplazamiento

de aquella posición. Hasta entonces, dentro de los conocimientos generales, la tierra se consideraba como el centro del universo. Nicolás Copérnico encontró que la tierra no era sino una partícula insignificante del mismo. Que había otros mundos iguales y aun mayores que el nuestro, girando alrededor del sol y no de la tierra. Y el hombre comenzó a sentirse desplazado del centro, en cuanto que, al suponer la existencia de otros seres en los astros y al avizorar la grandeza del universo, perdía ya la certeza de su egocentrismo y comenzaba a reflexionar sobre su pequeñez y sobre la magnitud de las verdades absolutas, ajenas a la naturaleza humana. Siglos más tarde, este descubrimiento se complementó y complicó más todavía, cuando, en el terreno de las matemáticas, Einstein y Minkowsky introdujeron cambios esenciales en las ideas sobre el tiempo y el espacio, y, en el terreno de la biología, Rutherford descubrió la vida en el interior del átomo y destruyó la creencia de la solidez de la materia. Copérnico propuso el mundo de lo infinitamente grande. Rutherford, el de lo infinitamente pequeño. Ambos de posibilidades ilimitadas. El mismo Copérnico introdujo en la

filosofía una novedad fundamental. La de que los sentidos humanos no son los únicos medios de apreciación de la realidad exterior. Es decir, la de que, fuera de nuestros sentidos, existen realidades que nuestra incapacidad no puede captar. En otras palabras, la de que los medios, corrientes hasta entonces para la investigación científica, encontraban escollos insuperables en la incapacidad de los sentidos y en la ignorancia de las leyes naturales que sólo en una mínima parte eran, y son, el dominio humano.

Esta verdad halló más tarde su mejor complemento en una de las teorías que más decisivamente han influido en el pensamiento moderno: el intuicionismo. La intuición—todos los sabéis—es la facultad de percibir clara, íntima e instantáneamente una idea o una verdad que no están a la vista. El intuicionismo, como sistema, vino a destruir la doctrina escolástica del conocimiento sensible y, modernamente, constituye toda una reacción contra el intelectualismo, tanto experimental como deductivo. A la lógica clásica, ha venido a anteponer la actividad vital, instintiva y espontánea, como la que existe en la creación artística. Bergson, quizá el más grande de los in-

tuicionistas, llama intuición a "la simpatía intelectual por la cual nos situamos en el interior de un objeto para coincidir con él en lo que tiene de esencial". Extendiendo este concepto, se rechaza hasta cierto punto el medio usual de conocimiento, que es la inteligencia lógica y dialéctica, para sustituirlo por un sistema de comprensión inmediata, que es, en suma, el intuicionismo.

Debe, además, citarse como básica la revolución filosófica de Nietzsche, en la que no me detendré, puesto que en esta misma sala fue ya expuesta ampliamente y en forma original y brillante, por el profesor Vincenzi. Federico Nietzsche negó y destruyó las bases dogmáticas de la filosofía y del pensamiento que habían prevalecido hasta mediados del siglo pasado. En sus aparentes incoherencias, en su multiplicidad y en su rebeldía, fue el precursor de nuestro complejo siglo XX y en él podríamos encontrar todo "el verdadero contenido espiritual de la revolución rusa" y todo el sentido revolucionario del arte moderno. En una palabra, el alma toda de nuestro siglo.

Finalmente, en el orden que llamaríamos intelectual, es necesario citar la influencia decisiva del psicoanálisis. Al

psicoanálisis se le ha llamado la ciencia judía. Tal vez porque lo crearon y ahondaron los judíos, tal vez, simplemente, porque es una ciencia revolucionaria. A los judíos, libres de los prejuicios nacionalistas, dotados de un genio excepcional, eminentemente internacionalistas puesto que carecen de patria determinada, les ha tocado realizar todas las grandes empresas revolucionarias, al menos en el terreno de lo teórico, desde el cristianismo al socialismo.

El psicoanálisis vino a dar preponderancia excepcional, sobre todos los demás factores psicológicos, a la cuestión sexual, derivando de ella toda la estructura emocional del hombre. Vino a dar la certeza de que la inteligencia no es sino una pequeña claridad en la superficie de nosotros mismos, y de que las determinantes de nuestras acciones, de nuestro sentimiento y de nuestro ser, "están perdidas en lo subconsciente, bañadas de sexualidad y fuera de la razón deductiva".

Como se comprende, la popularización y los fundamentos científicos de la obra de Freud, de Havelock Ellis y de otros psicoanalistas, dio un golpe de muerte a los sentimientos en su plano romántico, Es cierto que hoy no se aceptan todas las

exageraciones a que dio lugar el auge del psicoanálisis, pero su influencia ha sido decisiva, no sólo en la ciencia sino en el arte moderno y, especialmente, en la literatura. En cuanto a la primera se refiere, ha dejado sentado que es imposible tratar los sentimientos como cuerpos simples que están en la naturaleza en estado puro y que se pueden aislar y estudiar. Amor, ambición, odio, son cosas que parten de la subconciencia y que varían de individuo a individuo, en las formas más contradictorias. En lo que al arte toca, el gran descubrimiento del psicoanálisis fue que hasta ahora no se había estudiado al individuo, sino que los artistas se habían limitado a encarnar nociones, más o menos ricas de humanidad, pero generales. "No hay sentimientos,—dice Proust,—sino individuos que los sienten". (El arte moderno, la literatura al menos, se ha empeñado en traducir la unicidad del individuo, sin detenerse en el nominalismo de la psicología corriente.

Pasaremos ahora a estudiar las causas y factores materiales y sus consecuencias.

El mayor, el decisivo entre estos factores, ha sido el desarrollo industrial, derivado de la máquina. Cuando apareció la máquina, el hombre vio realizado un

sueño. Los monstruos de acero vendrían a eliminar la fatiga del trabajo, de modo que, a principios del siglo, la máquina se presentó como la libertadora del hombre y la multiplicadora de la riqueza. El hombre era el dueño de ese prodigioso instrumento mecánico que trabajaba para su beneficio y el desarrollo industrial comenzó a tomar proporciones gigantescas, iniciando al mismo tiempo los primeros trazos de una nueva estética en que la poesía y la gracia cedían su sitio a las proporciones de un nuevo orden geométrico y gigante.

Pero pronto la máquina creó el problema más pavoroso del siglo. La máquina comenzó a desplazar brazos y a aumentar el ejército de los desocupados. Y, lejos de dar la felicidad a los hombres, les dio el hambre. Aquí se impone la pregunta: ¿De dónde el origen de este absurdo? No hay sino una respuesta lógica: Del régimen liberal e individualista, que comenzó a mostrar sus grandes fallas y su incapacidad para regir las sociedades industrializadas, que no existían cuando ese régimen llegó a su máxima expresión en el siglo XIX.

La máquina hizo posible que la riqueza fuera acumulándose cada vez en menor

número de manos, como lo previó el genio de Carlos Marx en su análisis del capitalismo. Hizo posible que la miseria aumentara y que se iniciara, como inevitable consecuencia, el movimiento socialista, en favor de una distribución y organización más científicas y más justas.

“Las condiciones económicas”, — dice Filéne, — “cambian y determinan las formas sucesivas de la sociedad. La organización familiar y patriarcal, fue en los antiguos tiempos un primer sistema, que se basaba en la cooperación. Pero a través de las edades, con el progreso y el aumento de población, se fueron creando las colectividades sociales, cada vez mayores, y en todos los casos las nuevas generaciones trataron de adaptarse a las nuevas condiciones”. El fin del siglo XVIII y el comienzo del siglo XIX, marcaron una primera revolución industrial, cuando comenzaba a afirmarse la democracia liberal. Pero la democracia ha sido dominada por los capitanes de la gran industria, a pesar del sufragio universal, porque había y hay divergencias esenciales entre las fuerzas políticas y las fuerzas económicas.

Al liberalismo y a su producto inmediato que es el capitalismo, les ha faltado

una doctrina filosófica y social, puesto que sólo proponen al individuo enriquecerse, sin tomar en cuenta el bien general, que es interés superior. De aquí su debilidad ante los argumentos del comunismo o socialismo. De aquí sus contradicciones y su fracaso.

Era, pues, necesario, y lo es hoy más que nunca, terminar con un régimen que da toda la oportunidad al más fuerte, al más listo, al de menos escrúpulos generalmente. Era y sigue siendo necesario adaptar el régimen a la nueva situación creada por la máquina, por el desarrollo industrial y por la injusta distribución de la riqueza.

En este empeño, Hegel, el más grande de los filósofos alemanes, había dado la norma, al concebir el Estado derivado del espíritu, como instrumento que absorbe y reglamenta los derechos individuales. Y Marx dió las normas prácticas, que trata de realizar, en su primera etapa, la experiencia trascendental de la revolución socialista de Rusia.

Alrededor de estas cosas se ha especulado mucho. La nueva política creada por el imperativo de las masas como factor social, ha hecho hablar de la decadencia de occidente, de la muerte del espíritu

europeo, pregonado por Spengler y por los millones de desocupados hambrientos, en la misma forma que la plebe antiguaregonaba la caída del Imperio Romano. Los individualistas se horrorizan desde su enmohecida posición mental, ven con pavor la catástrofe de toda una civilización y hablan de la invasión de Asia en occidente. Juzgamos que es necesario apartarse de este teatralismo absurdo, de esta visión pesimista, que sólo es atribuible a limitación académica, a incomprensión o a cobardía. Pero dejemos esto para el final, a fin de no perder el orden que pretendo seguir.

*
* *

La evolución filosófica; el intuicionismo; el psicoanálisis; la nueva política creada por la máquina y por las aspiraciones socialistas; la influencia de la literatura de duda, de inquietud y de negación que siguió a la guerra; la disolución del individuo en el análisis; la vida humana considerada como un espectáculo, como un objeto de conocimiento intelectual y no como un objeto viviente, susceptible de enriquecimiento y de pro-

greso; la movilidad de la personalidad; todo ese mal del siglo, como se ha llamado a la inquietud y al movilismo posteriores a 1918, han determinado el nacimiento de una nueva sensibilidad y ésta, a su vez, ha creado una nueva estética que domina en todas las manifestaciones del arte.

Debe observarse que, si bien la nueva estética ha venido a cristalizar en forma concreta durante la postguerra, sus raíces son anteriores.

En la música, por ejemplo, la revolución la inició Ricardo Wagner. El coloso alemán rompió decididamente los moldes clásicos, influido por las proporciones majestuosas y fantásticas del gótico y de la antigua mitología germánica, creando sus grandes orquestaciones que fueron un mundo nuevo dentro del concierto armonioso de las concepciones clásicas. Pero Wagner fue sólo el iniciador. Rotos los moldes, la música evolucionó radicalmente. Pasó del minueto al jazz. De la gracia versallesca del minueto al ritmo primitivo y sensual del jazz, que por mucho tiempo invadió todos los salones. Y, si bien el jazz sólo fue el extremo, el mundo moderno ha ido aceptando y exaltando cada vez más las creaciones de Debussy,

de Falla, de Ravel, de Rimsky-Korsakoff y, sobre todas, las de Stravinsky, que es el más genuino y genial representativo del siglo, por su música extraña, sin sombra de sentimentalidad, de ritmo casi matemático.

Parecida curva, a pesar de ser esencialmente distinta, ha seguido la arquitectura, la más antigua de las bellas artes y, sin duda, la última que sobrevivirá, posiblemente absorbiendo a las demás. La arquitectura, especialmente desde la adopción del hierro, a principios del siglo, abandonó la gracia ligera de los areóstilos y de los capiteles clásicos y la majestad bárbara de las concepciones góticas, ornadas de agujas y de gárgolas, para adoptar las líneas simples, geométricas y adustas, que dan la sensación de masa y de volumen. Todo el movimiento arquitectónico moderno, el ruso, el alemán y el norteamericano, tiene la fuerza, la concreción y la grandeza desolada de la masa geométrica.

Este concepto de masa priva igualmente en la escultura moderna que va abandonando la plasticidad suave del mármol para adoptar la forma recia y arquitectónica de la piedra. Tanto en la escultura como en la arquitectura se ha prescin-

dido del detalle, de la anécdota, de lo pasajero y de lo voluble, para proponerse la seriedad y lo eterno de la forma.

Pero donde se aprecia con mayor propiedad la deshumanización del arte, según la famosa expresión de Ortega y Gasset, es en la pintura y en la literatura. Aquí quiero detenerme un poco más, porque son dos formas de la estética nueva más cercanas y asequibles a nuestro espíritu; porque contra ellas, al menos aquí en Costa Rica, se ha ensañado más la incompreensión del espíritu conservador y porque aún hay gentes entre nosotros que creen ingenuamente que hoy, en un siglo de movimiento, de grandes problemas sociales; en un siglo que ha revolucionado todos los dogmas y que busca una orientación nueva, es posible seguir escribiendo como nuestros clásicos del siglo de oro o pintando como los maestros del Renacimiento italiano, que vivieron otra sensibilidad, otro medio y otras realidades.

La pintura ha dado seguramente el mayor número de artistas y de movimientos revolucionarios contra el espíritu clásico. Rembrandt, Goya, Velásquez y David fueron revolucionarios, en relación con su época. Sin embargo, ya como mo-

vimiento definido y trascendente, la primera revolución sería contra el clasicismo fue la de los impresionistas. El impresionismo consistió esencialmente en una superespiritualización de la luz y del color, en la que se veló y a veces se confundió la definición de planos y de objetos, es decir, se descuidó la exactitud objetiva que interesó a los clásicos. Era, hasta cierto punto nada más, un romanticismo de la pintura, ya que abría el campo a la interpretación personalísima. Un predominio del valor psicológico y emocional sobre el valor netamente naturalista. Lo mismo que el romanticismo literario, y por la misma época, el impresionismo pictórico nació en Francia, con Manet, Renoir y Degas.

Luego, a principios de siglo, y obedeciendo a la sugerencia de los nuevos problemas, se varió de frente y vino el expresionismo como la esquematización geométrica de las intuiciones, o, en otros términos, como el impulso para llevar a la pintura las sensaciones meramente internas que producen el movimiento y los hechos exteriores objetivos, por ejemplo, el movimiento en el interior de un carro que rueda por un camino accidentado.

Vino más tarde el cubismo, que trató

de dar a la pintura un valor por si misma, prescindiendo de las formas de la naturaleza. Un valor por las simples combinaciones de líneas geométricas y de colores, armoniosamente combinados, eliminando la anécdota o argumento del cuadro y terminando al mismo tiempo con la anarquía que habían producido el impresionismo y el expresionismo. Más rápidamente tal vez que estos dos últimos movimientos, el cubismo perdió terreno y murió como expresión estética. Pero fue el gran depurador y dejó una huella profunda en el arte decorativo y en cuanto que despertó en todos los artistas modernos el sentido constructivo de la esquematización.

Y vino, finalmente, el postexpresionismo, dentro del cual está ya, con caracteres definitivos, toda la pintura actual y cuyo precursor fue Giorgio di Chirico. El postexpresionismo vuelve a la realidad de la forma. Pero no ya a la forma clásica, sino a la forma por si misma, como valor pictórico y no emocional. No se pinta ya de afuera para adentro, sino de adentro para afuera, en cuanto que la nueva forma es más subjetiva que objetiva conservando, en su libertad y en su técnica, parte de las tendencias anteriores. Es

claro que no es posible, sin ilustraciones gráficas al menos, dar una idea exacta de estas cosas a quienes no estén iniciados en ellas. Pero basta con afirmar, en resumen, que la pintura ha seguido el ritmo general en la evolución de la sensibilidad. Vuelve a la forma, pero a una forma deshumanizada, pura en su valor inmanente, y a una técnica de libertad y de variedad que da infinitamente más fuerza, más realidad y más belleza que las que puede dar la objetividad del arte clásico.

(En lo que toca a la literatura, no existe una evolución tan agitada y definida como en la pintura. La única influencia, limitada especialmente a la poesía, y sólo en lo que a técnica se refiere, fue la del movimiento dadaísta, capricho francés que por algún tiempo interesó a poetas y escritores de Europa y América. La evolución literaria ha sido más abrupta, casi toda ella producto de la postguerra, aunque no por ello deja de tener sus raíces en causas anteriores determinadas, ya que se deriva de modo más íntimo de la evolución del pensamiento, desde Nietzsche hasta Bergson.)

En la literatura debemos buscar principalmente el campo, el laboratorio diga-

mos, en que con mayor propiedad y extensión podemos estudiar el espíritu nuevo.

Creo innecesario anteponer que sería imposible, dentro de los estrechos límites de esta conversación, estudiar, ni aun sintetizar, todo el movimiento literario moderno. (Sería imposible siquiera referirnos a todos los autores que han esbozado ese movimiento.)

(Las tendencias son diversas y complejas. Hay un propósito de ahondar en los problemas sexuales, derivados del psicoanálisis y del nuevo concepto de la moral, que se aprecia en la obra de Lawrence—"El Amante de Lady Chatterley"—y en la de Gide—"Corydon"—, para citar solamente dos autores y dos obras esenciales.) Pero este propósito no es sino uno de los muchos que se han desplegado en el empeño de estudiar, aislándolo y analizándolo, el complejo individual.

(En esta síntesis, tendremos que prescindir de la obra de mentalidades tan vastas y tan interesantes como la de Bergson en la filosofía y las de Ibsen, Strindberg, Pirandello y Hauptmann en el teatro, para contemplar solamente la novela.)

(Y aun dentro de la novela, hemos de

abandonar la iniciación del movimiento, que quizá habría que ir a buscar en el naturalismo de Zolá. Y hemos de hacer caso omiso de valores tan estimables como Waldo Frank, Upton Sinclair y Teodoro Dreiser en los Estados Unidos; Huysmans, Paul Morand, Henri Barbusse, André Gide y Paul Valéry en Francia; Aldous Huxley en Inglaterra; Albert Doblin en Alemania y Dostoiewsky en Rusia, para limitarnos a citar únicamente dos obras cumbres, que comprenden por su espíritu y por su técnica a las demás y que son el exponente más destacado del espíritu del siglo XX: El "Ulysses", de James Joyce, y "A la Recherche du Temps Perdu", de Marcel Proust. Inglesa, o, más propiamente, irlandesa la primera, francesa la segunda.

(En ambas se ha variado radicalmente la técnica de la novela. Pero se ha variado, aún más hondamente, su espíritu. En ambas se prescinde de la anécdota o argumento, en cuanto tenía de básico en la novela clásica, romántica o naturalista, para adaptarse a la incongruencia y al alma caleidoscópica y atormentada del siglo. En ambas se disuelve al individuo en el análisis. Se disocia la personalidad y se estudian los personajes que han re-

nunciado a actuar conscientemente sobre sí mismos, impulsados por la sensualidad y por las fuerzas subconscientes) Se adopta la nueva técnica del monólogo interior, que está constituido por una serie de impresiones de la subconciencia, desarticuladas, sin sentido lógico, como son generalmente las sensaciones internas del hombre, cuyo recuerdo o cuya fantasía trabajan en esfuerzo febril o en quietud.

(La expresión es cruda), de un verismo absoluto, "en el empeño de aportar a la creación artística los elementos que la sensibilidad moderna necesita como valor documental". (La acción es lenta) casi sin escenario y la sensación perfectamente deshumanizada)

(En el "Ulises", por ejemplo, toda la acción discurre en un día de vida en Dublín, de las ocho de la mañana a las tres de la madrugada. Es la odisea de un Ulises moderno que viste americana y que vive, interiormente, no la grandeza del paisaje helénico ni la atracción de Circe, o de las sirenas, sino la complejidad de la vida actual. Es todo un esfuerzo por desentrañar el secreto de nuestro complejo psicológico y por encontrar en el mundo real la imagen irreal que el espíritu contempla constantemente. Hay en esta

obra, como en la de Proust, según lo dice el escritor alemán Curtius, una deliberada eliminación del sentimiento y del dogmatismo, que, mediante una gigantesca disciplina de espíritu y de técnica, consigue crear una belleza pura, fuera de la escena y del interés anecdótico, una belleza estática, una belleza del orden.

El más renombrado de los críticos literarios ingleses, Middleton Murry, dice de estas dos obras: "Ulysses y A la Recherche du Temps Perdu, son los dos inestimables documentos en que se recoge el final de nuestra civilización".

*

* *

He tratado de delinear a grandes rasgos el panorama de la nueva sensibilidad, pero solamente en cuanto toca a las causas y a los hechos en si mismos, como expresión del pensamiento y de la belleza del siglo. Es necesario tratar ahora de concretar una filosofía más práctica y más honda sobre estas realidades del mundo moderno para deducir sus proyecciones sobre el mundo futuro. El propósito es sumamente difícil. Trataré de llevarlo a cabo con la mayor claridad posible.

Se afirma, en un empeño por desconocer estas realidades, que la humanidad cruza por períodos de desorientación, uno de los cuales es el actual, en los que influyen determinados fenómenos históricos. Pero que esos fenómenos y esos períodos pasan y la humanidad ha vuelto siempre, y volverá ahora, a los grandes principios que han sido base del humanismo y que hasta hace un siglo se consideraron eternos e inmutables.

Pero veamos el hecho actual en sus relaciones históricas. Recordemos que todos los períodos posteriores a los grandes conflictos sangrientos, han sido seguidos de brillantes períodos de humanismo, durante los cuales el espíritu ha florecido con sus mejores frutos. Después de las grandes luchas entre Pompeyo y César, entre Antonio y Octavio, surge el esplendor humanista del siglo de Augusto, el siglo de oro romano. Después de las luchas entre el Papado y el Imperio y los conflictos feudales entre las repúblicas italianas, viene el esplendor humanista del Renacimiento. Después de las empresas guerreras de Carlos V, el siglo de oro español. "Después de todas las grandes epopeyas de sangre",—dice Crémieux,—"viene un lapso en el cual el milagro hu-

mano basta a los pueblos para reintegrar sus fuerzas anímicas. Pero con la paz de 1918, con el fin de la hecatombe europea, la vida de antes no ha tomado nuevos vuelos y, por el contrario, presenciamos el derrumbe del humanismo occidental" y la orientación hacia nuevos rumbos. Y han pasado dieciséis años. Se trata, pues, de un hecho concreto y definitivo.

Veamos entonces las razones de este hecho.

Se nos dice que la naturaleza humana no cambia. Y, efectivamente, en cuanto tiene de sentimientos o de instintos primitivos y básicos, no cambia. Es siempre la misma. La religión y la escuela han predicado la moral por muchos siglos, pero hoy hay igual, si no mayor criminalidad proporcional que en los primeros tiempos de nuestra era. Ni los moralistas ni la educación oficial o particular han conseguido variar la naturaleza humana. Los moralistas de todos los siglos se han empeñado en hacer el elogio de la pobreza, pero su voz ha fracasado en todos los regímenes. Los hombres siguen dominados por la ambición de poder y de riqueza, o, al menos, por el deseo de ganar altos salarios y de vivir bien.

Se nos dice también que el hombre mo-

derno ha perdido el sentido de ser. Que en otras épocas, este sentido de ser tenía un valor real hasta para el más humilde de los hombres, que no necesitaba de buscar su justificación en el mundo sensible ni pedirla a los laboratorios, puesto que estaba en si misma, estable y segura. Se nos dice que este sentido de ser, es decir, la realidad y realización integrales de la personalidad humana, está hoy arruinado y que la tarea que se impone es la de volver a esa realidad. A la unidad del hombre. Al hombre completo, viviente, hecho de carne y de alma, y no a la abstracción económica o técnica que los sistemas doctrinarios modernos exaltan.

Se nos dice, finalmente, que nuestra época ha determinado una prodigiosa evolución y que ha conducido a la humanidad a alturas que habrían sido inconcebibles para los antiguos y aun para los del siglo pasado. Que en algunos años, los hombres han pasado del servilismo a la libertad, de la ignorancia a la ciencia. Que el capitalismo, que tenía necesidad de consumidores, ha emancipado al proletariado. Y que el progreso, en todos sus órdenes, ha realizado asombrosas maravillas.

Estos son los tres grandes hechos: La

invariabilidad de la naturaleza humana, la desorientación o desplazamiento del sentido integral de ser, la evolución del progreso. Es en el desequilibrio que existe entre estos tres factores en el que debemos encontrar las causas de esto que se llama el mal del siglo y que es la etapa de transición psicológica hacia algo nuevo, totalmente distinto de lo pasado.

Situemos la cuestión en forma más fácil y más directa:

A pesar de esta orgullosa civilización del siglo XX, lo que en nuestra época hay de reaccionario y de anticuado, se siente vencido por un enemigo invisible e implacable. Se siente vencido porque su egoísmo no le ha permitido darse cuenta de que a la humanidad no le importa fundamentalmente viajar por el aire a cientos de millas por hora o poder transmitir la voz por el radio a todos los rincones del planeta, si esas ventajas no han de servir a un propósito de superación y al bienestar inmediato de todos y no de unos pocos. Porque esa prodigiosa evolución material que han dado la ciencia y la industria, no ha sido distribuida justiciera y equitativamente, sino que ha sido acaparada y disfrutada por el menor número. Porque el liberalismo cuenta aún

con mucho terreno, a pesar de que ha demostrado plenamente su incapacidad para organizar las sociedades en función de la gran producción, la tarea a que aspira el colectivismo y que exige eliminar todas las fórmulas anteriores.

Se siente vencida porque quiere seguir apegada a moldes y conceptos viejos y absurdos. Porque quiere seguir manteniendo el antiguo concepto de moral, simple convención propia apenas para la Edad Media, en una época en que ni las costumbres, ni el progreso científico ni la vida misma la aceptan y justifican. Y porque ese sentido de ser, por cuyo regreso pregonan los individualistas, no podrá tener realidad en tanto que al hombre,—a todos los hombres,—no se les liberte realmente del egoísmo capitalista y se les lleve al plano que exige la dignidad humana. La nueva sensibilidad no es otra cosa que la reacción de los grandes cerebros contra ese enemigo invisible.

La naturaleza humana no cambia y el sentimiento es parte integral de esa naturaleza. De aquí la lucha contra lo que exalta ese sentimiento, es decir, contra lo romántico. De aquí toda la corriente en pro de la deshumanización y la razón y acción de la nueva sensibilidad, com-

plemento espiritual del nuevo rumbo social, político y económico que se va definiendo nítidamente en nuestra era.

Y ahora, como final consecuente, debemos preguntarnos: ¿Hacia dónde va el mundo? ¿Hacia atrás, como pretenden los humanistas, conservadores y liberales recalcitrantes, o hacia adelante, como lo afirmamos los colectivistas?

En el hombre existe una fuerza superior. La del espíritu, considerado como una potencia de transformación que nos aleja de la naturaleza animal, nos mueve a la aventura y al progreso y nos hace evolucionar, desde las concepciones y realizaciones más simples hasta las más complejas.

En esta potencia de transformación está la verdadera clave del progreso de la humanidad. La naturaleza humana no cambia. Nada hemos avanzado en lo moral en el curso de los siglos. Pero, en cambio, día a día vamos conquistando una nueva victoria del espíritu, un nuevo pedazo hacia la perfección material, que es base de la plenitud espiritual.

En el tumulto, en la desorientación aparente que nos muestra el mundo moderno y que nos hace reflexionar sobre las normas que regirán a las generacio-

nes futuras, hay el atisbo de una grandeza secreta, que hoy no se quiere comprender por cobardía o por incapacidad. Y ante el futuro velado se tejen visiones, a veces de un pesimismo absurdo, a veces de una exaltada fantasía.

El pesimismo individualista, como el de Ludwig Bauer, supone que a esta época sucederá otra, caracterizada por un regreso al feudalismo, otra Edad Media. Supone que el mundo de mañana estará formado por estados potentes y tiránicos, cuya ingerencia se extenderá, no solamente sobre todos los actos materiales de la vida, sino sobre el pensamiento mismo del hombre, que se convertirá en un siervo. Supone que será la muerte de la vida individual y que el Estado hará esfuerzos por arrancar al hombre de su hogar, que es la fortaleza interior en que el hombre se defenderá del Estado. Supone que vendrá el reino de la vida dirigida, en que el hombre será un tornillo al servicio de la enorme máquina del Estado. Supone que vendrá la muerte del gusto y de la poesía, hasta que un nuevo renacimiento vuelva a dar a la humanidad la hegemonía del individualismo.

La fantasía exaltada concibe el mundo futuro como una gigantesca unidad so-

cial, dirigida y movida por una gran central eléctrica que proveerá a todas nuestras necesidades. Como un conjunto de ciudades gigantescas, en que habrá desaparecido toda noción de nacionalidad y de política. En que los transportes y los espectáculos serán de orden mecánico y matemático. En que los alimentos se harán en los laboratorios y los niños nacerán y criarán en incubadoras. En que toda iniciativa individual y todo esfuerzo quedarán suplidos por la ciencia.

Nos acercamos más a esta fantasía que a aquel pesimismo, porque la fantasía tiene mucho de intuitivo y de creador, en tanto que el pesimismo sólo tiene de destructor.

Pero, dejando a un lado estas visiones anecdóticas, lo esencial es creer en la potencia creadora y renovadora del espíritu. Creer que el espíritu habrá de vencer. Y habrá de vencer por las normas nuevas, que van desplazando todo lo viejo, lo inútil, lo retrógrado, para forjar una civilización mejor.

Los criterios conservadores están todavía embargados por el sedimento romántico, por esa fuerza ancestral que nos mueve a amar lo que fue y a creer que la humanidad no conseguirá nunca deshumanizar y geometrizar su pensamiento y su emoción. El argumento es humanamente explicable, pero no resiste al menor análisis crítico. El espíritu ha evolucionado siempre porque es dúctil a todas las evoluciones, a condición de que una educación acertada lo guíe. Todavía hoy sentimos el impulso individualista y romántico ante las perspectivas del mundo futuro, porque en ese impulso hemos nacido y en él está nuestra extracción cultural. Es el caso, aunque a la inversa, de Ernesto Renán, cuando visitó la Acrópolis ateniense, ante cuya belleza, que comprendía y que trataba de amar, sintió la nostalgia y la añoranza de los "templos bárbaros" en que se había cultivado su niñez, y en los que había escuchado a los sacerdotes cantar a María con armonías místicas que aún tenía clavadas en el corazón. Es muy humano este criterio, pero muy limitado, puestó que debemos tomar en cuenta que las generaciones futuras, que cada vez se irán educando más honda y conscientemente en el ritmo moderno, que cada día irán deshumanizándose más, no sentirán ya esa nostalgia ni ese imperio de lo pasado, porque su criterio y su cultura estarán forjados en la liberación plena.

Por otra parte, en este temor al futuro, en este horror ante el avance de las normas nuevas, hay, además de debilidad, una falta de estudio de los grandes hechos históricos. Recuerdo ahora que, después de su viaje por Grecia e Italia, en visita a los lugares sagrados donde nació la civilización occidental, cuenta Maurras en la edición original de "Anthinea", que juzgó necesario completar aquella visita con otra al Museo Británico de Londres. En el Museo Británico se hallan armoniosamente instalados en sus salas respectivas, los mejores restos y símbolos artísticos de aquellas civilizaciones. Una por una, el gran humanista Pagano de ^{Paganó} nuestros días iba recorriendo las salas y, al salir de la última, en que se funden como en maravillosa síntesis Grecia y Roma, apareció en la sala siguiente una efigie del Cristo de Judea, que simbolizaba el cristianismo. Maurras entonces, sin espíritu de anticristianismo, sino pesando sólo la finura y altura de los valores humanos contenidos en aquellas dos civilizaciones de cultura occidental, se cubre instintivamente la cara y sale horrorizado de aquella visión, de aquel hálito de democracia que vino al mundo para destruir tanto clasicismo inmortal, para

introducir el predominio de los sentimientos y pasiones, a base de los postulados de igualdad y fraternidad, a base de una humanidad que arrancaba de abajo.

Y esto visto en nuestro propio siglo y en la poco elocuente realidad de las salas de museo. ¿Qué no debió haber significado en los primeros días de nuestra era aquella revolución, predicada por unos judíos oscuros, que iba a destruir totalmente la concepción imperial de Roma y a conmover todas las bases de la civilización grecolatina? Y, sin embargo, el mundo occidental se adaptó y el cristianismo vino a sentar las bases de la civilización moderna.

En igual forma se adaptará también a la civilización futura que está moldeando la revolución actual, y que será una unidad de bien material colectivo, técnico y científico y de la consecuente superación espiritual, un armonioso conjunto de geometría y de espíritu.

Es necesario ser optimistas, dentro de la realidad que vivimos. Es un error suponer que la humanidad marcha hacia el desastre o hacia el caos. Es un error creer que la grandeza del espíritu, la iniciativa del hombre y su potencia de adaptación y de creación pueden ser anuladas o em-

pobrecidas por una civilización de tipo nuevo. Es necesario mantener, por el contrario, que todo aquello que enriquece la experiencia y el espíritu del hombre, le proporciona el medio de enriquecer su actividad, sus deseos de triunfo y su visión conceptual del mundo futuro. El hombre volverá a ser hombre integralmente, pero no en el concepto humanista o individualista. Volverá a serlo cuando se haya adaptado a la gran realidad colectiva y a su indispensable organización que es el gran imperativo del mundo moderno. Geometría y espíritu. Tal es la perspectiva de lo futuro.

Es posible,—dice Andrés Maurois,—que la adaptación a la civilización industrial traiga todavía un largo período de dificultades y aun de infelicidad. Pero si el mundo moderno, que es heraldo del futuro, nos parece ininteligible y caótico, es precisamente porque espera ser explicado por sus pensadores y recreado por sus artistas. Y lo será, pero para descubrirlo, es necesario aceptarlo, amarlo, tratar de comprender sus ritmos, pintarlo con verdad, en imágenes nuevas y bellas. Es necesario, en suma, darle fe y espíritu, para darle también existencia.

HE DICHO.